**Mensaje con ocasión del encuentro en línea con novicios y profesos**

Queridos novicios y profesos,

1. En primer lugar, deseo expresarles mi más profunda gratitud por participar en este encuentro organizado por el Gobierno General y el Secretariado de Formación de la Congregación. Es una gran alegría estar dialogando con ustedes el presente y el futuro de nuestra Congregación, y participar en este momento especial en el que podemos no sólo conversar, sino también animarnos mutuamente en nuestro camino de fe y consagración. Soy un compañero de viaje que comparte con ustedes algunas impresiones del camino que hemos recorrido, tanto desde el punto de vista personal cuanto, como animador, junto con mis compañeros de consejo, de la Congregación. Este encuentro es una oportunidad para decirles que el Gobierno General se preocupa por su camino vocacional. No es una mera formalidad, sino una demostración concreta de que queremos estar cerca de ustedes, caminando con ustedes, acompañando sus alegrías, desafíos e interrogantes. ¡Muchas gracias por su presencia! Voy a compartirles algunos puntos desde una mirada que tengo de la Congregación.
2. Uno de los puntos que me gustaría tratar es el sentido de pertenencia a nuestra Congregación. Cuando elegimos la vida consagrada en respuesta a nuestro bautismo, nos comprometemos no sólo con una misión, sino también con una familia religiosa y con la Iglesia, Pueblo de Dios. Para cada uno de nosotros, la Congregación Redentorista debe ser nuestro hogar. Y, como cualquier hogar, requiere cuidado, dedicación y, a menudo, paciencia, especialmente cuando se trata de relaciones humanas y conflictos. Es importante sentirse en casa, acogido. Este sentimiento de pertenencia debe cultivarse a diario. Formamos parte de una larga tradición de fe y misión, y tenemos el privilegio de caminar a hombros de grandes santos, beatos, mártires y de tantos cohermanos que nos han precedido y han gastado su vida en favor de la redención. Es fundamental que sintamos esta historia como propia, que nos apropiemos del legado espiritual y misionero que hemos recibido, no de forma pasiva, sino activa, aportando nuestro propio testimonio, creatividad y renovación para que el carisma siga vivo. Debemos sentir alegría y orgullo de pertenecer a este grupo, incluso frente a todos los desafíos que la vida comunitaria y la misión pueden plantear. Cuando tenemos un profundo sentido de pertenencia, nos sentimos corresponsables y damos lo mejor de nosotros mismos, porque encontramos sentido a lo que hacemos. Uno de los problemas del mundo actual es precisamente la falta de sentido y también de pertenencia. Todo es fugaz, fluido. Es preocupante el gran número de religiosos que dejan la vida consagrada. Esto nos lleva a hacernos la pregunta del ¿por qué de este fenómeno?
3. Vivimos tiempos de cambios rápidos, y es natural que el futuro nos cause cierta inquietud. El mundo en que vivimos nos desafía a menudo con cuestiones complejas, con situaciones que no parecen tener respuestas fáciles. Pero quiero animarlos a no temer al futuro. La misión que se nos ha confiado no exige que tengamos todas las respuestas, sino que seamos auténticos en nuestro testimonio de vida. Nuestro testimonio, nuestra capacidad de escuchar y acoger a los demás son ya una respuesta en sí mismos. El mundo moderno, con sus rápidos cambios, necesita personas dispuestas a escuchar, a ser una presencia y a ofrecer un ejemplo vivo de fe. Ustedes, como novicios y miembros profesos en la congregación, pueden dar este testimonio, y a menudo el simple hecho de estar disponibles para escuchar es lo que marcará la diferencia para la gente. Podría compartir varias situaciones en las que me he encontrado con personas que tenían grandes problemas, pero que solo querían ser escuchadas.
4. Cuando profesamos, no lo hacemos por nosotros mismos. Como respuesta a nuestro bautismo, nos identificamos con la *kénosis* de Cristo que lo dio todo en favor de los hombres (cf. Fil 2,7-8; Jn 1,14). Profesamos para la Congregación que asume la misión del Redentor. Esto exige de nosotros un corazón dispuesto, una apertura a lo nuevo, a lo desconocido. Y esta apertura incluye el encuentro con nuevas culturas, el aprendizaje de nuevas lenguas y el aprendizaje de los demás. Por tanto, ser misioneros significa, ante todo, estar dispuestos a salir de nosotros mismos, de nuestros propios límites y comodidades, para abrazar al otro, para comprender la realidad del otro, para darnos cuenta de nuestra distancia. Al hacerlo, ampliamos nuestros horizontes y descubrimos la riqueza de la diversidad que Dios nos ofrece. Así pues, queridos novicios y profesos, no tengan miedo de embarcarse en esta aventura que a menudo nos presenta el Espíritu en los diferentes contextos en los que vivimos.
5. Uno de los retos a los que nos enfrentamos en nuestra propia Congregación es el *gap* (distanciamiento) generacional. Vivimos en una época en la que los cambios tecnológicos y culturales son tan rápidos que a menudo existe una sensación de desconexión entre las generaciones. Pero creo firmemente que las nuevas generaciones, representadas por ustedes, tienen todas las condiciones para superar este distanciamiento generacional. Ustedes pueden, con paciencia y creatividad, entrar en el mundo de los mayores, comprendiendo sus experiencias y, al mismo tiempo, ofreciéndoles la frescura de las nuevas ideas y tecnologías para que no queden en el analfabetismo digital. Esto no es fácil, requiere compromiso y humildad, pero es posible. Y cuando conseguimos crear este puente entre generaciones, nuestra vida comunitaria se enriquece y nuestra misión se refuerza. Es importante escuchar las historias de nuestros cohermanos mayores, especialmente su experiencia de la vida misionera. Esto puede enriquecer nuestro aprendizaje.
6. Otro punto fundamental que no podemos descuidar es nuestra vida espiritual. Debemos recordar cada día que somos consagrados. La espiritualidad redentorista es profundamente cristocéntrica, y es ella la que nos da los elementos necesarios para alimentar nuestra consagración. No podemos pensar que la espiritualidad es algo que sólo tenemos que cuidar cuando estamos en el seminario o en el noviciado, y que una vez que hemos profesado u ordenado ya no es necesaria. Por el contrario, si queremos perseverar en la vida consagrada y misionera, necesitamos cultivar una intensa vida espiritual. La espiritualidad debe estar siempre presente en nuestro camino, alimentada diariamente por la oración. Es lo que nos mantiene firmes en los momentos de dificultad, nos ayuda en nuestros procesos de discernimiento y nos da claridad sobre nuestra misión. La espiritualidad redentorista es un don que hemos recibido, y es nuestra responsabilidad mantenerla viva y fecunda en nuestras vidas.
7. Somos misioneros profesos en una congregación religiosa, y esta elección nos diferencia de un sacerdote del clero diocesano. Pero lo que nos diferencia no es sólo la vida comunitaria, sino el hecho de que estamos consagrados, y esta consagración debe impregnar toda nuestra vida apostólica. Debemos tener cuidado de no permitir que el clericalismo sofoque nuestra consagración. La vida consagrada es una respuesta a la llamada de Dios a vivir el Evangelio de manera radical, y esto incluye una profunda relación con nuestra comunidad y con la misión que se nos ha confiado. Es nuestra consagración la que nos da la verdadera identidad de misioneros redentoristas, y necesitamos vivirla plenamente, sin dejarnos influir por tendencias que puedan reducir o debilitar esta llamada. Para muchos cohermanos, ser misionero redentorista o sacerdote diocesano no supone ninguna diferencia, porque para ellos lo único que cuenta es el ministerio sacerdotal. La vida redentorista va más allá.
8. Quería aún subrayar que somos una congregación misionera formada por sacerdotes y hermanos, ambos igualmente llamados a seguir a Cristo en la misión de anunciar el Evangelio. No podemos olvidar la importancia de los Hermanos, que, aunque no opten por el ministerio sacerdotal, desempeñan un papel fundamental en la construcción del Reino de Dios. Colaboran ya sea a través del servicio pastoral, de actividades sociales, educativas o administrativas, dando siempre testimonio de la dimensión fraterna y de su presencia en la comunidad. Nuestra pastoral vocacional debe presentar la vocación de los Hermanos, mostrando que su llamada es tan esencial como la de los sacerdotes, y que la diversidad de dones enriquece la misión redentorista. Es esencial que, cuando hablemos de vocación, presentemos todas las dimensiones de esta llamada a la vida consagrada, animando a los jóvenes a descubrir la belleza de servir a Dios y al prójimo, ya sea como Hermano o como sacerdote. De este modo, seguimos construyendo una Iglesia viva, en la que todos están llamados a ser misioneros, cada uno con su carisma específico y extendiendo nuestra acción misionera a realidades donde no llegan los ministros ordenados.
9. Por último, quiero destacar la importancia de no dar nunca la espalda a los más pobres y abandonados. Abrazamos la misión de Cristo Redentor en favor de ellos. Ellos son la prioridad de nuestra misión (cf. *Communicanda* 1 (2017), n. 23). A ellos dedicaron su vida nuestros santos, beatos y mártires, no como una simple categoría sociológica, sino como personas concretas con sus historias de vida, sufrimientos y redención. Nosotros, como misioneros, estamos llamados a hacer lo mismo. No podemos ver a los pobres como una abstracción o una simple elucubración intelectual, sino como personas que están frente a nosotros, con su dolor, sus alegrías y sus esperanzas. Y es a ellos a quienes se dirige especialmente nuestra misión. A través de nuestra consagración a Cristo Redentor, nuestro compromiso con los pobres y abandonados es el corazón de nuestra vocación redentorista. “Movidos por el espíritu apostólico e imbuidos del celo del Fundador, fieles a la tradición marcada por sus antepasados y atentos a los signos de los tiempos, todos los redentoristas, ‘como cooperadores, socios y servidores de Jesucristo en la gran obra de la redención’” (Const. 2).
10. Queridos novicios y profesos, les animo a vivir intensamente esta vocación, a cultivar el sentido de pertenencia a nuestra Congregación, a no temer el futuro, a permanecer abiertos a la misión y, sobre todo, a no dar jamás la espalda a los más pobres y abandonados. Avancemos juntos, confiados en la gracia de Dios y firmes en nuestro compromiso de vivir el Evangelio con autenticidad, siempre con el corazón y la mente abiertos a lo que Dios nos llama a ser y a hacer en el mundo. Que María, Madre del Perpetuo Socorro, junto con nuestros santos, beatos y mártires, especialmente el beato Gaspar, patrono de la formación, interceda por nosotros y nos ayude a ser misioneros de esperanza por los caminos del Redentor.

P. Rogério Gomes, C.Ss.R

Superior General

Roma, 19 de octubre de 2024